

LOS JOVENES EN UNA ENCRUCIJADA

ALGUNAS CONSTATAIONES PREOCUPANTES

Espigando datos del censo del 81 llama la atención la gran masa de población juvenil respecto de la población adulta: en un decil (15 a 24 años) se concentra el 21,36 por ciento de la población, en tanto que de 25 años en adelante sólo vive el 38,18 por ciento.

La alta tasa de crecimiento demográfico del país se patentiza en el hecho de que la primera década de vida (0 a 9 años) agrupa el 28 por ciento de los venezolanos. Y tomando en conjunto la niñez y la primera pubertad (de 0 a 14 años) suman el 40,46 por ciento de la población total del país. Si a esto le añadimos la juventud, tenemos la cifra impresionante del 61 por ciento de los venezolanos.

A partir de estas magnitudes podemos deducir que si el país no posee una fuerza viva y unas instituciones capaces de moldear a los que se incorporan, se dará una solución de continuidad. La tradición y las instituciones tendrán la suficiente capacidad y apertura como para imprimir una identidad y un sentido y a la vez dar un lugar a los que vienen? En caso contrario podría darse una situación anómica generalizada. Esto, prescindiendo de si los canales de transmisión (educación, pautas de los líderes, medios de comunicación) y sus portadores tienen a los ojos de los que se levantan suficiente estatura moral como para que puedan constituirse para ellos en paradigmas.

Por lo que toca a la escolaridad se constata con preocupación que la gran masa de la población de 15 a 24 años cursa estudios que debieran haber realizado en una época anterior de su vida. Esto indica que lo pautado no funciona ni siquiera medianamente. No se ha dado aún en el país una normalización educativa. Pero es más preocupante la evolución de estos índices: en estos últimos años por efecto de la crisis se nota una alarmante deserción estudiantil; así pues no se trata sólo de un regazo no superado de otras épocas sino del efecto de causas actuales y en aumento. Por lo tanto la educación como canal de asimilación de los que vienen no funciona ni siquiera materialmente. Eso sin contar con el desgano y la frustración con que los muchachos van a las aulas. Sólo la valoración de los padres (más mágica que razonada) y la necesidad del certificado de primaria para cualquier empleo y de la secundaria para otros, así como el deseo de socialización que sienten los muchachos impiden una deserción mayor. Aunque la atonía es profunda.

Si a los 25 años más del 8 por ciento son analfabetos, más del 40 por ciento no han acabado la primaria y el 45 por ciento está aún bregando con la media, no puede decirse

que la juventud venezolana sea una juventud cualificada. Más bien podemos decir que es una juventud perdida. Una juventud a la que sus mayores no han capacitado. Es cierto que una parte significativa de estos jóvenes irá superándose a pulso durante largos y difíciles años en su temprana adultez. Pero además del impropio sacrificio que esto requiere, esa superación será un mérito propio y una afrenta a la sociedad adulta que no la capacitó a su debido tiempo.

Según los datos del 2o. semestre del año 84 la cifra de parados de 15 a 24 años se ha triplicado respecto del censo del 81. La crisis está empezando.

Ese año salieron al mercado del trabajo entre 110 y 120 mil. Para esta masa se calculan en unos 40.000 los nuevos empleos creados. Claro está que también hay gente que se jubila o muere. Pero de ninguna manera para cubrir ni de lejos la diferencia. Por eso son mayoría los que se subemplean como pueden o simplemente se suman al paro. Y eso que respecto de años pasados ha caído el número de los que acuden al mercado de trabajo, sobre todo las mujeres.

LOS HIJOS DE LA DEMOCRACIA

Esta recia situación golpea más duramente a los jóvenes si tomamos en cuenta en qué ambiente se han levantado. Son los hijos de la democracia. No sus forjadores ni los jóvenes que la desafiaron o lucharon por superarla. Los más viejos nacieron en una época de reajuste que incluyó baja de salarios, depreciación del bolívar, contracción; todo, en medio de una gran agitación social. Pero también era una época de dinamismo y expectativa. La clase popular estaba completando su éxodo del campo a la ciudad, se asentaba, se transformaba y alcanzaba un mínimo grado de bienestar que apreciaba como fruto de su esfuerzo. Todo el país se modernizaba, aún en medio de servidumbres, incongruencias e injusticias. En el ambiente había una cierta esperanza de que los males se irían superando por el esfuerzo y la lucha. Al comenzar la década de los 70 ya era obvio que el horizonte no iba a cambiar; pero no sólo persistía el dinamismo sino que con la subida petrolera llegó al delirio. Entonces empieza a entrar esta generación en la juventud. Desde entonces el dinamismo se ha convertido en crecimiento negativo (por primera vez en la democracia) y lo que ha llegado al delirio ha sido la corrupción. Aquí todo el mundo roba, trabajar es pura pérdida, todo es cuestión de palanca, no hay justicia, aquí manda el billete, ta'barato, dame dos, para los pobres enfermarse es un delito... son slogans que no expresan las actitudes de la mayor parte de los venezolanos, pero que sí reflejan el ambiente vigente. El ambiente en que estos

Nos mudamos... Vea la nueva dirección en el reverso de la portada



jóvenes se han levantado.

De pronto estos muchachos se ven sin oportunidades y tremendamente exigidos. No se les había dirigido la palabra, no se los había reconocido y ahora se acuerdan de ellos para reclamar lo que no sembraron, para exigir tareas y responsabilidades cuando antes no se inculcaron hábitos ni ideales.

De ahí ese aire de atonía, de despalabramiento, de fragilidad, de lejanía que percibimos en la juventud. No es la juventud impaciente, iconoclasta, revolucionaria. No es el juez implacable de los adultos. Tampoco es la que sueña románticamente en un mañana ideal. Ni la juventud disciplinada y centrada en una tarea trascendente.

Es una juventud huérfana. Tanto, que ni siquiera ha logrado constituir un bloque compacto. Da la impresión de que no ha resuelto etapas anteriores, que tiene cargas emotivas soterradas, que no sabe orientarse, que ni siquiera sabe por dónde empezar. Y por eso parece acomodaticia. Porque lo que sí sabe es funcionar en esta sociedad; de eso sabe más que sus padres porque ha nacido en ella y domina completamente el lenguaje del estímulo-respuesta. Pero estos muchachos guardan distancia respecto de sus propias respuestas, no se comprometen. Todavía no han dicho su palabra. Este no es su mundo y no quieren mezclarse con él; simplemente juegan el juego establecido. Pero ¿cuál es su juego?, ¿qué piensan?, ¿qué sienten?, ¿qué quieren?

EN LA ENCRUCIJADA

La juventud venezolana está en una encrucijada. El orden establecido no le propone ningún ideal. De un modo descarado y hasta cínico le pone ante los ojos la combinación de una exigencia dura para que se capacite y se adapte, y el halago de un posible futuro de confort egoísta y hedonista, y mientras tanto dejarse aturdir en los tiempos libres por ondas exóticas.

Por otra parte el joven siente el llamado a una vida natural, a unas relaciones sencillas, a unas palabras verdaderas, a una vida social despojada de tanta hojarasca, nacida de sí y atendida a sus proporciones.

No siente ni fuerzas ni deseos de confrontación; ante la

sociedad oficial calla. Pero en los espacios de libertad, cuando se siente entre los suyos prefiere inventar a consumir; le encanta crearlo todo, expresarse y a la vez ensayar construcciones simbólicas a través de las cuales vislumbra alternativas.

PASTORAL JUVENIL

Si así son las cosas, cualquier proposición debe partir de una premisa: nada podemos pedir a los jóvenes si primero no les damos. Si a nuestros jóvenes nadie los ha tomado en cuenta, si no se les ha preguntado su parecer, si no se les ha dirigido una palabra personal ¿cómo lamentarse de su atonía? De ahí que lo primero en una pastoral de la juventud sea confiar en ellos, darles la palabra, sembrar en ellos la buena nueva de que son hijos de amor, de que Dios los ama personalmente. Pero esta será una palabra vacía si el agente pastoral no es un canal sincero de ese amor primordial.

En resumidas cuentas, creemos que el momento que vive nuestra juventud es grave y delicado. La pastoral juvenil requiere entre nosotros de gran perspicacia y autenticidad. No se pueden repetir los tópicos de los años 60. Hay que tomar conciencia de que el momento es otro. Nuestra juventud vive en una encrucijada. Tal vez los grupos cristianos y los culturales (frecuentemente están unidos) sean los únicos que puedan propiciar una salida.

De estas consideraciones parecería desprenderse que los movimientos masivos y manejados desde arriba, que dotan a los jóvenes de una identidad prestada, son una falsa salida. Nombres, slogans, símbolos, actividades y encuentros prefabricados pueden constituirse en una trampa: una alternativa barata, fundada en una disciplina exterior, con una división maniquea de "los nuestros" y "los otros" y en un proselitismo autosuficiente.

Otra cosa son movimientos que tienden a responder a las necesidades y aspiraciones juveniles desde procesos graduales, pero largos y costosos, de personalización, comunicación profunda y servicio a la colectividad.

Los jóvenes están en una encrucijada. También lo está la pastoral juvenil y sus responsables. Dios quiera que acertemos todos.

NUEVAS TARIFAS DE

- * Ante el nuevo aumento del correo y de los costos de producción; nos hemos visto obligados a aumentar las tarifas de la revista.
- * El aumento de las suscripciones (Bs. 150 para Venezuela) entrará en vigencia a partir del próximo enero.
- * El aumento del número suelto (Bs. 15) entra en vigencia a partir de este número.
- * Pueden consultarse las nuevas tarifas para el exterior en la página del Sumario (337).
- * Aprovechamos la ocasión para pedirles que cancelen a tiempo su renovación. Si lo hacen desde ya, supondrá para nosotros una parcial compensación de la pérdida que tenemos al enviarles, con los nuevos precios del correo, cuatro números cancelados según los precios antiguos.
- * Les quedamos agradecidos por su colaboración.